



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 33.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

7 de Setiembre de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Un suspiro á la Estrella del mar, por doña María Hurtado.—Calvario y redencion, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Mano de hierro, novela.—Una madre, poesia, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.

UN SUSPIRO

LA ESTRELLA DEL MAR.

(CONCLUSION.)

IV.

Y si bien es verdad que el hombre no se apercibió entonces del inmenso beneficio que Dios le concedía en el nacimiento de la Reina del cielo, de aquel silencio ignorado brotó la interminable alabanza que millares de vírgenes y castísimos jóvenes, le han tributado y tributan desde el centro del corazón, entre las suaves y perfumadas notas del alma que se elevan á sus plantas en el sublime y misterioso silencio del claustro.

Del fondo oscuro y olvidado en que nació, se

desprendió el rayo de luz divina que alumbró al mundo, dándole á conocer las incomparables grandezas y las inimitables virtudes de esta Virgen Sacrosanta; digna Hija del Eterno colocada sobre la tierra, para ser la Madre de Dios y de los hombres; la alegría del Cielo, la esperanza de la tierra y la confusion de los infiernos.

La Madre de Dios! porque al llegar el tiempo prefijado en los decretos eternos para enviar á la tierra su salud; el Verbo Eterno del Eterno Padre, descendiende del Cielo á la tierra para salvar á la humanidad; se reviste de las formas humanas en su castísimo seno; y tomando sangre de su sangre inmaculada, le dá el título de Hijo, y la hace Madre suya.

La Madre de los hombres! porque Jesus crece bajo su dulce tutela; y despues de algunos años de vida humilde y olvidada, abandona el tranquilo techo que le vió nacer; y las sublimes y purísimas máximas de sus elevadas doctrinas, se derraman sobre la tierra regenerando al hombre, ennobleciendo á la mujer, y dando á la sociedad un vigoroso período de suavísima existencia: y despues de tres años de incesante predicacion para enseñar á los hombres;

la redencion se efectua: y un dia de eterna memoria para el pueblo católico, de los moribundos lábios del Mártir de la Cruz, brotaron estas frases suavísimas y consoladoras: «¡Mujer, vé ahí á tu hijo!» Y señalando á Juan con un movimiento de cabeza. «¡Hijo, vé ahí á tu Madre!»

Y ved aquí efectuada también por medio de las palabras de Dios, si es que así puede decirse, la encarnacion especialmente filial de todos los hombres en el corazon de María.

V.

Desde entonces Ella llena muy cumplidamente el tierno encargo que su Hijo la confiara sobre la cumbre del Gólgota; por mas que algunos seres frios y endurecidos, no quieren reconocer sus elevadas bondades, porque no las experimentan tan naturalmente como ellos quisieran; y tal vez para satisfacer sus necios caprichos.

¡Oh! vosotros, corazones envilecidos y degradados por la corrupcion y los placeres, no negueis la inmensa grandeza y bondad de la inmaculada Virgen María, porque no sintais los efectos de su mision maternal: no es suya la culpa, puesto que á todos sus hijos les ama igualmente.

Sin embargo; no sentís los efectos de su constante proteccion porque estais demasiado ocupados en satisfacer vuestros desordenados apetitos; no los sentirá tampoco todo el que se engolfó en las vanidades é inmundicias de la vida transitoria; porque María fué toda humildad y candor; y sus grandes virtudes fructificaron en medio de la oscuridad de su cuna y entre el silencio de su profunda meditacion.

No la busqueis pues entre el bullicio de la vida; porque Ella es realidad, no es ilusion. Buscadla solo entre el purísimo y delicado acento del alma y la humildad del corazon; entre los afligidos y los desgraciados, allí la encontrareis.

Buscadla cuando la miseria y el abatimiento rodea una familia; cuando las intensas amarguras de la vida desgarran un corazon; cuando las pavorosas sombras que preceden á una vida futura, ofuscan la trastornada mente del enfermo próximo á traspasar las puertas de la eternidad; y en todos ellos la encontrareis; ya derramando su proteccion benéfica y previsora sobre el pobre, ya infundiendo en el corazon dolorido, dulcísimas frases de ternura que hacen renacer la santa y consoladora esperanza en el alma creyente, ya apareciéndose á la mente del moribundo, como la luciente antorcha del perdido navegante en medio de los horrores de una noche tormentosa.

Bajo mil y mil variadas formas la encontrareis si es que la buscais con fe; os lo repito. Y nos tomamos la justa confianza de asegurar con algunos santos Padres, que jamás ninguno recurrió á su proteccion sin salir de ella consolado, confortado y enriquecido.

Por que María, es el diamante divino labrado y abillantado por la mano de Jehová y colocado en la tierra para esparcir sus rayos deslumbradores en medio de la negra noche del infortunio humano.

El hermoso iris de paz que anuncia la calma de la borrascosa tormenta, signo celeste y bendito de la tierna alianza entre Dios y el hombre; lazo misterioso y sublime que se aparece en el vasto horizonte de nuestra alma, y liga en nudo de flores al Criador con la criatura; al pecador con el Dios justísimo hasta lo infinito, y al hombre mezquino y miserable con el Santo elevadísimo por esencia.

Y no hay ser verdaderamente católico que cada dia no le dedique el primer pensamiento de su corazon; una página de su alma; un recuerdo de su mente y un suspiro de su amor: por que María, la Estrella del Mar, nació para ser su Madre, y la clara y fúlgida antorcha que resplandeciese siempre en el vasto oceano de la vida, por el que entre dolores y penas surca llorando la desgraciada humanidad.

María Hurtado.

San Vicente de Munilla 23 de Agosto de 1877.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Gustavo á Fafael.

Héme aquí aun, mi anciano Rafael, en este pueblecito, donde he estado espuesto á morir, donde he pasado algunos dias, y á donde te has empeñado que permanezca, llevado sin duda de tu inmenso cariño hacia mí.

Solo por complacerte, amigo mio, solo por complacerte he cedido á tu deseo, pues créeme, sufro aquí lo mismo que antes, y la soledad y la paz de estos lugares no pueden dar la calma y la ventura á mi pobre espíritu fatigado.

No: yo aquí encuentro el mismo vacío, el mismo afán indecible que encontraré donde quiera, por que ese afán y ese vacío vienen conmigo; les llevo siempre en mi corazon!

Comprendo que te afijo hablandote de este

modo, por que tu eres mas que un fiel servidor, un leal amigo que daria su parte de ventura en el mundo por mirarme dichoso y completamente feliz.

Tu, buen Rafael, á quien mi pobre madre me recomendó al morir, has sido para mí casi un segundo padre; has velado mi sueño, has protegido mi juventud, plegándote á mis exigencias y mis caprichos con la docilidad y la sumision de un niño, y advirtiéndome el mal con humilde dulzura, me has inclinado tímidamente al camino seguro del bien.

Por desgracia, aunque te he amado siempre, aunque he comprendido tu desinteresado celo, no he seguido tus sencillos consejos, y deslumbrado por falsas amistades y por mentidos afectos, he corrido en pos de ilusiones brillantes, que al desaparecer han dejado un desencanto terrible en mi alma, y han tornado frio y seco mi corazón.

¡Qué ventura, qué alegrías podrá tener en el mundo un hombre que en nada cree, que de todo desconfía, que ve miseria y lodo, y falsía á donde quiera que vuelve sus ojos! Ninguna: no es posible, y tu sueñas al esperar otra cosa para mí. Los muertos no vuelven jamás á la existencia y, ya te lo he dicho, mi corazón está muerto.

Era necesario la voz de un Dios para que, nuevo Lázaro, se agitara en la tumba de mi pecho y volviese á latir lleno de vida. Pero, ¡ay! Rafael, que á ninguna criatura humana le será dado el poder realizar ese prodigio.

¡Ella lo ha hecho imposible!

¡Oh! tu no sabes, tu no recuerdas la fe y el entusiasmo con que yo confiaba en sus manos mi porvenir! ¡tu te has olvidado de la seguridad que me inspiraba su amor, su inocencia, la sinceridad de sus promesas, el desinterés y la abnegación que yo suponía en su alma!

¡Y haberme engañado! ¡haber visto caer á mis pies roto en pedazos mi hermoso ídolo: haber comprendido que aquel ángel era una mujer con corazón de hielo: que bajo aquella frente adorada, que yo adornaba en mi sueño con todas las virtudes, con toda la pureza, con la grandeza toda de la tierra, se albergaba un pensamiento calculador y egoísta, sin mas Dios que el oro, sin mas norte que el interés. ¡Oh! esto es terrible, Rafael, esto es terrible, y basta á derramar tanta amargura en el corazón de un hombre que solo hiel pueda encerrar en adelante!

Por que no creas que esa mujer con rostro de virgen y con mirada enloquecedora, ha sido solo culpable de engaño y falsía para mí: ¡no! Ame-

lia despues de haber jugado con mi entusiasta corazón de niño, juega y rompe tambien el corazón de su esposo; de ese infeliz ciego que tuvo la desgracia de fijar sus ojos en ella antes que perdieran la luz: de ese hombre cuyo infortunio inspira respeto, y de quien ella se burla impunemente tambien.

¡Yo no habia querido decírtelo! pero ¡ay! Rafael, existen ideas que concentradas solo en nuestra cabeza la harian estallar, y esta es una de ellas. ¿Sabes quién villana y cobardemente me ha puesto á las puertas del sepulcro? ¿quién ha disparado contra mí sus armas en un momento de descuido, y cuando aun no pensaba en defenderme? pues ha sido Carlos, uno de esos jóvenes que populan en todas partes, que son admitidos en todos los salones, y que son capaces de todos los crímenes, si esperan comprar con ellos los favores de un hombre influyente ó la gratitud de una mujer hermosa.

¿Y sabes quién armó su mano contra mí? Ella, Amelia, la noble y digna condesa de la Palma, á quien sin duda molestaba mi presencia, y que quiso deshacerse de mí? ¿Por qué quién si no ella ha podido rebelar á ese hombre, que yo poseía cartas suyas? ¿quién si no ella ha podido confiarle el secreto de nuestros pasados amores? ¿Por qué él me habló de ello por medio de Arturo, del baron de Pradoreal, de quien dice que es amigo: el me exigió que le entregara esas cartas antes de provocarme, antes de proponerme ese duelo.

¡Oh! Rafael, Rafael, esa mujer que no temió desgarrar mi alma y vender mi amor por un título de condesa, tampoco á temido sin duda vender la fe de su esposo al primer advenedizo que ha querido comprársela por algunas palabras vanas.

¿Y auhelas tu que yo ame á otra mujer? ¡intentas convencerme que esa niña que la casualidad ha puesto ante mi paso es digna, es inocente y sencilla y buena? ¡No, no lo podrás nunca conseguir. Hermosa, pura y cándida como Elia juzgaba yo á la que hoy es condesa de la Palma! ¡Cómo la de esa niña, su mirada era dulce y suave, y candorosa y llena de ternura cuando se fijaba en mí! ¡Como ella mentirá tambien, y cómo ella, tras la limpia blancura de su frente, se agitarán solo los sueños del título ó las riquezas que juzga puedo ofrecerle!

En el mundo no hay mas que cálculo, y si hay algo mas, es vicio.

¡Déjame pues mi fiel servidor, déjame pues que siga mi senda solitaria, y no quieras que me engañe otra vez creyendo y esperando de nuevo! ¡Cuánto mas pura y bella fuera la ficción, más

triste y más doloroso sería el desengaño!

¡Es cierto que Elía es mas hermosa, mas celestialmente bella que las mujeres que he conocido hasta aquí: es cierto que ha velado mi sueño, que ha pasado las horas junto á mi lecho, expiando el instante de acercar á mis lábios la medicina salvadora, y que en medio de mi fiebre la juzgaba un ángel que Dios mandaba á consolar mis dolores, á darme la vida, y á iluminar la noche de mi existencia con la tranquila luz de sus azules ojos! Pero, ¿Quién me dice que todo aquel afán, que toda aquella inocencia es una verdad? ¡ah! nadie, nadie amigo mio. Tu me has aconsejado que no me ausente; que me quede oculto en esta quinta aislada, donde me has buscado alojamiento por algunos dias, y desde donde se ven sus ventanas, sombreadas por las ramas de los jazmines que suben desde su jardín á perfumar su estancia, é iluminadas por los primeros rayos del sol naciente: tu quieres que la observe, que expie su conducta y que descifre por ella, si el interés que demostraba hacia mí era una realidad ó una traidora ficción.

Yo he cedido á tus deseos, ya te lo he dicho, más por complacerte que por esperar nada del porvenir, y aquí estoy pues.

Me rogaste que te lo contára todo y voy á hacerlo aunque ya lo sabes, nada espero, ni quiero anhelar nada tampoco.

Elía no sale de su casa desde que nosotros no estamos en ella. Por las tardes la veo á lo lejos vagar en su pequeño jardín y venir á sentarse bajo un emparrado de madre selva, donde la tarde primera que yo dejé mi habitación apoyado en su brazo, nos sentamos ambos: allí pasa las horas triste y meditabunda. ¿En qué pensará? ¿quién sabe! ¡Dios solo puede comprenderlo! Por las noches, la distingo, á través de sus cristales, sentada junto á su madre leyendo ú ocupada en alguna labor: á las diez se levanta, y á poco rato veo iluminada la ventana de su dormitorio, y aun á veces, tras de las blancas cortinas diviso su sombra, y la veo arrodillarse ante una imagen de María sin duda, puesto que yo la he visto otras veces colocada junto á su lecho.

Ayer era la fiesta de la Virgen, y algunas jóvenes aldeanas fueron por ella sin duda, por que á poco apareció en su compañía y se dirigió á la plaza del pueblo.

¡Oh! si yo hubiese sido susceptible de dar cabida en mi alma á una pasión inmensa y pura, esa niña me la hubiera inspirado al verla entre sus compañeras, con su sencillez y transparente vestido blanco y sus doradas trenzas tan hermosas y brillantes como dos cintas de oro, cayendo sobre su espalda. La seguí á lo lejos, muy á lo

lejos, y la contemplé largo tiempo perdida entre la multitud. Elía estaba un poco pálida; sus mejillas que antes se asemejaban á la hoja de la rosa, tenían ahora el color mate de la azucena; parecía triste; sus grandes y melancólicos ojos se levantaban de vez en cuando hacia el cielo, como buscando algo á través de las ligeras nubes que en alas de las brisas de la tarde huían errantes por aquel azul y sereno cielo.

No se por que, pero desapareció del lugar que ocupaba y penetró en el interior del templo.

Quise seguirla, y antes, sin pensar en lo que hacía, me dirigí á una de las vendedoras de flores que habia en la plaza, y compré un ramo de jazmines sujeto con una cinta. En ella y con el lápiz de mi cartera escribí el nombre de Elía.

Penetré en la iglesia: ¡allí estaba ella! ¡oraba! ¿quién sabe por quién pediría! ¡Oh! por un instante juzgué que en sus oraciones iba envuelto mi nombre! luego deseché esta idea: no; Elía no pide por mí, mentira; eso sería una prueba de amor, y en el corazón de la mujer no cabe el amor, no cabe la constancia nunca! Salí de la iglesia y me volví á mi puesto: ella también salió y la ví dirigirse á su casa: por la noche se recogió mas temprano que de costumbre: yo vagaba aun por estos alrededores y al ver la luz en su ventana pude llegar cerca, muy cerca de ella y contemplarla, resguardado por la sombra de un añoso árbol: se asomó á su ventana y miró con ansia al espacio; la luna iluminaba su semblante, y desde el sitio en que me encontraba, he creído ver brillar una lágrima en su mejilla!

¡Oh! si ese llanto fuera verdad! si pensase en mi ausencia al derramarlo! pero nó; mentira; llorará por un traje, por algun diamante; llorará al ver que nadie contempla su hermosura; que por ninguno es alagada! llorará al sentirse como el ave enjaulada sin poder tender las alas para cruzar el espacio!

Esto es lo que yo creo, esto es lo que veo y nada mas. ¿Á qué pues permanecer por mas tiempo aquí? dispon mis habitaciones pronto, tenlo todo preparado para recibirme; solo este aviso aguardo para marchar á donde pueda vivir de otro modo y acaso vengarme de una mujer á quien odio y desprecio.—GUSTAVO.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

MANO DE HIERRO.

I.

Bella y antigua tradicion popular era en la Normandia la memoria de un condenado á muerte que san Romano habia llevado consigo para que se apoderara de un mónstruo, que el pueblo llamaba *gárgola*, y que difundia el espanto y la muerte dentro de los muros de Rouen. El preso que acompañaba al santo Obispo tuvo miedo al llegar cerca de la guarida del dragon, y quiso huir cuando vió el horrible animal; pero el servidor de Dios con el signo de la cruz amansó á éste, y habiéndole atado con su estola dijo al criminal que lo llevase sin temor á la ciudad; y en efecto, atado por el cuello con la estola, no hizo resistencia, y conducido por el preso dió su último rugido en las puertas de la ciudad, que en prueba de su reconocimiento perdonó al reo condenado á muerte.

Tal es el origen del privilegio de la *fierté*, de la casa de san Romano, establecido en tiempo de Dagoberto, confirmado al Cabildo de Nuestra Señora de Rouen por muchos reyes, y que dió lugar á la historia que vamos á referir.

Celebrábanse las rogativas que preceden al día de la Ascension, y el pueblo reunido en la plaza de Nuestra Señora preguntábase con cierta curiosidad: «¿Qué criminal de los muchos y grandes que han entrado en la cárcel se salvará este año?» De repente se abren las puertas de la catedral, y cuatro canónigos revestidos con sobrepelliz y muceta y llevando en el brazo su traje de coro forrado de armiño, se presentaron en el átrio acompañados hasta aquí por los demás capitulares. A su vista cesaron las conversaciones del pueblo y los paseantes descubrieron sus cabezas por respeto á los hombres de Dios, mensajeros de misericordia; porque eran los cuatro diputados que el venerable Cabildo de Nuestra Señora enviaba en comision á la *bailla* y al *tribunal de Rouen* para notificar el mencionado privilegio, por el que desde este día hasta el en que de él se usase no se ejecutará ni se sacará de las prisiones á ningun criminal.

Los miembros del Cabildo tenían á mucho honor formar parte de esta diputacion, porque es una mision grata y elevada la de hacer abrir los calabozos para rescatar de la vergüenza del patíbulo á desgraciados culpables. Empero entonces sucedia lo mismo que hoy; nunca se consigue contentar á todos, y así se hacian varias observaciones y críticas.

—Mirad, dijo uno, al jóven Anselmo formando parte de la diputacion; ¿qué ha hecho para merecer tan insigne corona?

—Ha sido tan desgraciado, que es bien digno de merecer algunas compensaciones.

—Si todos los que han sufrido mucho tuvieran derecho á ser nombrados para el misericordioso mensaje, la diputacion seria numerosa.

—Es verdad; pero Anselmo, si entrase en el concurso, conseguiria tambien el premio: entre todos los que han llorado con amargura no conozco ninguno que haya sido tan afligido como él; su frente de treinta años lleva impreso el sello del pesar... no quiere, no puede consolarse de la muerte de su madre.

—¿No hemos tenido casi todos que derramar lágrimas por el mismo motivo que Anselmo?

—¡Oh! os engañais: el tiempo, la enfermedad nos ha arrebatado á la que nos diera el ser!... pero el pobre muchacho tenia entonces quince años; una tarde estaba sentado con su madre en el hogar... Eran los últimos días de otoño, y para distraer á la viuda de aquellas largas veladas el jóven leía antiguas leyendas abundantes en hechos maravillosos. Una noche se introdujeron en su casa unos asesinos, y atando á Anselmo, asesinaron bárbaramente á su madre ante su vista, á su madre á quien tanto amaba, á su madre que le llamaba, y á quien no podia socorrer!... Semejante espectáculo derramó sobre su vida entera un luto que no concluirá jamás.... Si no hubiese venido á refugiarse á la sombra de la cruz, habria muerto ya... pero en el santuario ha encontrado el amparo que conserva su vida... Es como la llama de una lámpara que continúa ardiendo ante el altar, pero que se apagaria en seguida si se le sacara fuera un instante. Muy bien han hecho, pues, en nombrar á ese jóven... á quien le quedan tan pocos días de vida, es preciso procurar darle algunos buenos.

II.

Entre los criminales encerrados en los calabozos de la *Torre de los Normandos*, contábase un malhechor de alta estatura y de formas atléticas, á quien ningun compañero de prision se atrevia á disputarle la preeminencia en el robo y el asesinato, pues que cuando bajo á aquellas sombrías bóvedas, los presos referian sus hechos y sus proezas, aquel les dejaba mas atrás... todas las relaciones eran pálidas ante la suya.

Al presentarse, pues, en el tercero día de las rogativas los dos diputados del Cabildo en los calabozos de la *Torre de los Normandos*, mien-

tras los criminales abandonaban la fétida paja de sus camas, Anselmo distinguió un preso inmóvil en el rincón del calabozo, como si comprendiese que para él no había perdón ni piedad.

—¿Quién es aquel?—preguntó Anselmo al carcelero?

—Aquel es *Mano de Hierro*.

—¿Por qué no ha venido con los demás?

—¡Ah! hace algunos días que se hubiera dirigido á Vos, venerable señor, y os hubiera dicho palabras tales, que os hubiéseis decidido á concederle en seguida el privilegio del *valor*; pero hoy no se levantará, porque está en una desesperación tan sombría como este negro calabozo.

—Voy á preguntarle.

—No merece piedad ni perdón,—murmuraron los demás presos. Escoged entre nosotros al que queráis librar; pero no os fijéis en *Mano de Hierro*.

—¿Qué decís de mí,—esclamó con voz de trueno aquel cuyo nombre se acababa de pronunciar—¿qué decís de mí?

Anselmo, inclinado hácia él, le preguntó con dulzura:

—¿Por qué no pedís que os haga gracia en nombre del gran san Romano?

—Porque me es indiferente la vida.

—No teneis razón, hermano mío, nadie tiene derecho á despreciar la vida: en el que no ha delinquido es buena para que dé ejemplo de virtud; en el que ha sido criminal es buena para que tenga tiempo de arrepentirse.

—¡Arrepentirse! á veces es tarde.

—Nunca...

—Repito que es tarde... ¡si viviese aún... enhorabuena!... ¡Ah! ¡si viviese!

—¿Quién?

—¡Mi hijo!... ¿Veis aquí en la pared esta mancha roja? es su sangre... Valiente mozo, no tuvo miedo á cinco de esos miserables; con sus grillos y sus cadenas se batieron el otro día, y Maclon cayó! No hubiera caído si se hubiesen batido uno á uno... Yo retenido por fuertes grillos no pude defender á mi hijo. ¡Horrible tormento!... ¡no, no podeis saber lo que es ver matar á quien se ama y estar como yo atado!...

—¡Ah! sí, lo sé, lo sé.—Dijo Anselmo.

Y sus ojos se humedecieron al recordar la muerte de su madre; y su corazón interesóse por el criminal que tanto se dolía por la pérdida de su hijo. El otro diputado del Cabildo no tardó en participar del deseo de libertar al padre de Maclon, y cuando volvieron al seno de sus venerables compañeros, dieron su informe, que fué adoptado.

III.

Era el amanecer del gran día de la Ascension cuando Anselmo salió de su casa, y con paso rápido dirigióse á la *Torre de los Normandos*. Las pesadas puertas de la prisión giraron sobre sus goznes, cerrándose con estrépito cuando el sacerdote hubo entrado. *Mano de Hierro* oyó el ruido de sus pasos, y su corazón latió con violencia al presagio del anuncio de libertad que iba á recibir del cielo.

—Bendito sea el nombre de Dios,—dijo Anselmo al entrar.

—Bendito sea el nombre de Dios,—repitió el encarcelado.

—El Señor redime al cautivo...

—¿Y resucita á los muertos?—interrumpió *Mano de Hierro* pensando en su hijo.

—No lo dudeis, hermano mío; Dios, en cuyo nombre vengo á romper vuestras cadenas, libra del sepulcro como de la cárcel.

—De modo que puedo esperar que Maclon sea perdonado, perdonado de la vida que yo le enseñé!... Él jamás había querido ser ladrón; pero yo le había dicho que entre nosotros no había mas que una honra, que era la del valor. Así es que, no obstante sus pocos años, podía vanagloriarse de hechos brillantes de arrojo y valor; su cuerpo estaba endurecido por la fatiga... Muchas veces en nuestras excursiones y en lo mas crudo del invierno, dormíamos sobre la nieve, y para calentarlo, le comprimía contra mi corazón de asesino, contra mi cuerpo manchado de sangre... Bien lo conoceis, señor Canónigo; educado así Maclon no ha podido ser virtuoso, y sobre mí pesa toda la culpabilidad... A mí solo debiera castigar Dios, y sin embargo, á mí me recompensa, librándome de la prisión y de la muerte... y mi hijo ha sido horriblemente muerto, cobardemente asesinado á mi vista... ¡maldición! ¡maldición!

—¿Qué decís, hermano mío? ¿maldecís en este día de gracia para vos?

—¡Ah! la gracia no debía haber sido para mí.

—Pero vuestro hijo tal vez habrá obtenido una mas completa que la que vais á recibir.

—¿Lo creéis así?

—Lo espero.

—¿En qué fundais vuestra esperanza?

—En la misericordia divina; y así vos, confiando en ella, entregaos á la alegría.

—Hay corazones en quienes no puede tener cabida la alegría.

—Os engañais, hermano mío: hoy mi corazón rebosa de felicidad, y sin embargo, yo también he sufrido muy cruelmente.

—Vos no habeis visto matar á un hijo.

—¡No, pero he visto asesinar á mi madre!... y como vos no pudisteis defender á vuestro hijo, tampoco pude yo socorrer á mi anciana madre; sus verdugos me tenían sujeto y atado á la columna de su cama...

—¡Oh cielos!!!

—¿Temblais?

—Recuerdo... recuerdo un asesinato cometido en el lugar de Sainte-Barbe; allí, una noche, una buena y caritativa señora, fué cruelmente asesinada porque tenía mucho dinero...

—¡Esa mujer era mi madre!

—¡Y yo su asesino!

—¿Vos?

—Sí, yo... yo á quien quereis salvar... ¿lo quereis aún?

A estas palabras, *Mano de Hierro* cayó á los piés del sacerdote; cuyas rodillas abrazaban los brazos del asesino de su madre... El primer movimiento de Anselmo fué huir... pero miró al cielo, tomó fuerzas, y dijo con voz conmovida, levantando á *Mano de Hierro*:

—Os perdono, como quiero que Dios me perdona.

—¿Querreis concedarme aún el privilegio de la *fierté*?

—No hacerlo así sería una venganza.

—Pero, ¡soy el asesino de vuestra madre!...

—Hermano mío, no repitais estas palabras... estais arrepentido, y yo he perdonado... A Dios. Os van á traer los vestidos para la fiesta de vuestra libertad, y es la hora de volver al Cabildo á quemar vuestra confesion.

IV.

Los venerables canónigos de Nuestra Señora, despues de haber cantado solemnemente el *Veni Creator*, entran en la sala capitular, donde, segun costumbre, se leen las confesiones de los presos, y despues envian al Parlamento el nombre del criminal á quien se ha decidido conceder el privilegio de la *fierté*. Un capellan de la iglesia lleva el nombre escrito en un cartel al Parlamento, reunido en sesion en traje de ceremonia. Publicada la gracia, el Cabildo manda quemar las confesiones de los otros presos para que jamás se haga mencion de ellas, y en seguida se celebra una solemne procesion.

Figuraos unas calles adornadas con flores y colgaduras, y tapizadas de un mosaico de cabezas calvas y pobladas, de cabezas cubiertas con gorros blancos ó capuchas negras. Sin embargo, esta multitud compacta formando oleadas, se separa retrocediendo á derecha izquierda para ha-

cer paso á la cruz de plata sobre dorada del Arzobispo, á las cruces de plata de las parroquias, y á las de madera de las Órdenes mendicantes, á las que siguen los pendones de terciopelo carmesí, los estandartes blancos de la Santísima Virgen, las insignias de las cofradías, los atributos de los gremios, las alabardas de los hombres de armas, los floridos bastones de los peregrinos, las numerosas antorchas, las doradas urnas, los incensarios, y en fin, la terrible *gárgola* agitándose, girando de uno á otro punto, alargándose, encorvándose y excitando por todas partes las aclamaciones de la multitud... y por último, la *fierté*! la *fierté* del gran san Romano, la *fierté*, que liberta y hace pasar del calabozo á la libertad, del patíbulo á la vida.

Llega á la antigua *Torre de los Normandos*. A su pié espera un hombre que tiene en las manos las cadenas, la argolla y las esposas rotas;... su semblante revela la emocion de su alma, y descúbrese en él rasgos de tristeza y de inquietud que la alegría del día no ha podido borrar, de la misma manera que un hermoso sol no basta para hacer desaparecer los estragos que la tempestad ha causado. Despues de haber sido colocada la *fierté* sobre una piedra cubierta de ricos tapices, el preso con sus hierros rotos y vestido con una dalmática blanca, se inclinó, puso uno de los montantes de las angarillas sobre sus anchas espaldas, y levantando el sagrado peso quedó libre á los ojos de los hombres, así como habíase ya reconciliado con Dios; y Anselmo ciñó la corona de rosas blancas en la cabeza de *Mano de Hierro* que habia asesinado á su madre.

UNA MADRE.

Nacemos y en pos lloramos
Sin saber lo que sentimos,
Por que acaso presentimos,
De la existencia el dolor:
Y esa lagrima primera
Vaga, indefinible, pura,
La enjuga con su ternura
De una madre el dulce amor.

Vivimos luego; y el alma
Agitada y combatida
El ancho mar de la vida
Empieza inquieta á cruzar:
Y en su deshecha borrasca,
Y en su continua querella;

Tranquila y sola una estrella
Mira en su cielo brillar.

Luz bendita que le guía
Casta, intensa, inmaculada,
Porque es la santa mirada
De la madre de su amor.
Mirada que en su ternura
Del corazón faro cierto,
Le brinda un seguro puerto
Sin escollos ni temor.

¡Dichoso aquel que gozando
Ese amor divino y santo,
Tiene quien pueda su llanto
Compartir ó su dolor!
¡Feliz quien siente en el alma
Dicha tan dulce y sincera!
¡Quién una madre tuviera
Para ofrecerle su amor!

Que ese nombre vendecido
Encuentra un eco en el cielo,
Y es el Iris de consuelo
Que Dios al hombre otorgó:
Y es encanto de los ángeles
Y es la flor mas perfumada,
Que en la frente inmaculada
De la Virgen colocó.

Enriqueza Lozano de Vilchez.

VARIETADES.

EL GENERAL HOCHÉ.

Por los años de 1770, poco mas ó menos, existía en Versalles un cocinero bastante afamado, llamado Maese Lázaro; gruñidor eterno, que pasaba la vida reprendiendo ágridamente á un hermoso niño de cinco á seis años, gritándole á todas horas:

—¡Seis años por Natividad! ¡Seis años! ¡y no sabe espumar el puchero, ni dar vueltas al asador!... nunca serás hombre de provecho.

Maese Lázaro era uno de esos hombres maniáticos que llevan su oficio hasta el fanatismo, considerándole el mejor y mas honroso de todos los oficios.

Para él, la idea de que su pequeño Lázaro detestaba la cocina, era la continua pesadilla de su alma; y el niño, como si quisiera justificar las fuertes reprimendas de su padre, se burlaba de los patos asados y de las tortillas de yerbas, cosa para hacer dar en loco á su fanático padre, que llevaba el gorro de algodón con tanto orgullo como si fuese la corona de Alejandro.

En la época á que nos referimos había llegado á Versalles una joven frutera de Montreuil, hermana del implacable cocinero, solo con el objeto de traer algunos regalitos á su hermoso sobrino, por el que sentía un cariño que casi rayaba en locura.

Marta, que así se llamaba la frutera, no podía ver las rosadas mejillas de Lázaro, sin llenarlas de besos, y á la verdad que aquel niño era merecedor de sus extremadas caricias.

La presencia de Lázaro era tan gentil, que cautivaba la atención de cuantos le veían; luego su fisonomía espiritual, su carácter bullicioso y turbulento, pero sobre todo bueno y sensible, no podían menos de inspirar el mas vivo interés.

Uno de los días que Marta pasaba en casa de su hermano, llegó á sus oídos el ruido desesperado que hacía Maese Lázaro arrojando á su hijo todos los cachivaches de la cocina, Marta corrió desalada, y halló á Maese Lázaro medio loco.

—Pero ¿qué ha sucedido, hermano?

—Que ese infame holgazán, por estar jugando al florete con el asador contra la pared, ha dejado que el gato se llevase una gallina que íbamos á asar, y que la olla se derramase por la ceniza. Ya lo he dicho; este muchacho nunca será cosa de provecho... Seis años!... ¡y no saber dar vuelta al asador!

Marta, que era una joven espiritual, que sabía leer y amaba las flores, no era de la misma opinión acerca de la inutilidad del pequeño Lázaro, y se decidió á hacer cuantos esfuerzos estuviesen de su parte para arrancarle de la cocina.

—Hermano, dijo con voz conmovida, dirigiéndose al cocinero; siempre has mostrado grandes deseos de hacerle con ese gran baul de encina que heredé de nuestra madre, y que tanto te conviene para guardar la loza; siempre me he negado á vendértelo, pero si ahora me le quieres comprar...

—Te doy por él diez francos, ya lo sabes, contestó el cocinero.

—Nó... quiero mucho mas.

—Diez francos y medio, Marta. ¿Te acomoda?

—Nó, nó, es poco... quiero por él un tesoro.

Maese Lázaro miró á su hermana con sorpresa, pensando si estaría loca.

—Sí, prosiguió la frutera, quiero que me des en cambio á Lazarito; pero dámelo para mí sola, ¿entiendes? y así, esta misma tarde os quedareis con el baul, y yo me llevo el pequeño conmigo á Montreuil.

El cocinero puso algunas dificultades, porque, á pesar de todo, era buen padre; pero el muchacho le hacía tantas veces desesperarse y echar á perder las salsas... las instancias de Marta eran tan vivas, y el baul tan cómodo para guardar la loza, que al fin cedió.

—Ahí le tienes, dijo á Marta, entregándole el muchacho; te lo cedo porque sé que contigo lo pasará bien.

Marta se apresuró á llevar á Lázaro hacia su carretoncillo, pues temía á cada momento que se volviese atrás el cocinero.

—Pobre niño! iba diciéndole por el camino, algo mejor estarás en mi casa entre las cestas de fruta, que oscurecido entre las ollas y los asadores... Allí te hubieras ahogado con el humo... Mira, mira mi ramillete de violetas, qué pronto se ha marchitado... y tu, que eres tan hermoso como una rosa... vamos, vamos pronto, antes que acaso te vuelvan á llevar.

Llenó de caricias al niño, le acomodó en el carreton con ella, y no respiró hasta verle en casa de Montreuil.

(Continuará).

GRANADA:—Imp. de la Fé, Mendez Nuñez 26.